

EL OTOÑO DE LA NOVELA EN LENGUA ESPAÑOLA

Carlos M. Rama

En la primavera europea de 1975 termina de aparecer *El otoño del patriarca* de Gabriel García Márquez en una primera tirada de 250 000 ejemplares, a los que se suma la reedición simultánea en Buenos Aires y Barcelona de *Cien años de soledad* y de las obras menores del escritor colombiano.

En total, aproximadamente, se ponen en circulación unos cuatrocientos mil volúmenes de un mismo autor, y esto constituye evidentemente un acontecimiento no sólo de las letras, sino del mundo de la cultura en lengua española. Es por lo pronto la cifra más alta obtenida en materia editorial por un solo autor, y en un solo lanzamiento, y bien se lo merece el colombiano Gabo por sus méritos literarios y su personalidad moral.

Da también una dimensión de las potencialidades del mercado editorial, y ante todo del mundo de lectores de la lengua española, sin discusión una de las primerísimas del mundo, hablada por 250 millones de seres, y por tanto en condiciones de competir o parangonarse, con el inglés, el francés, para citar a las más utilizadas.

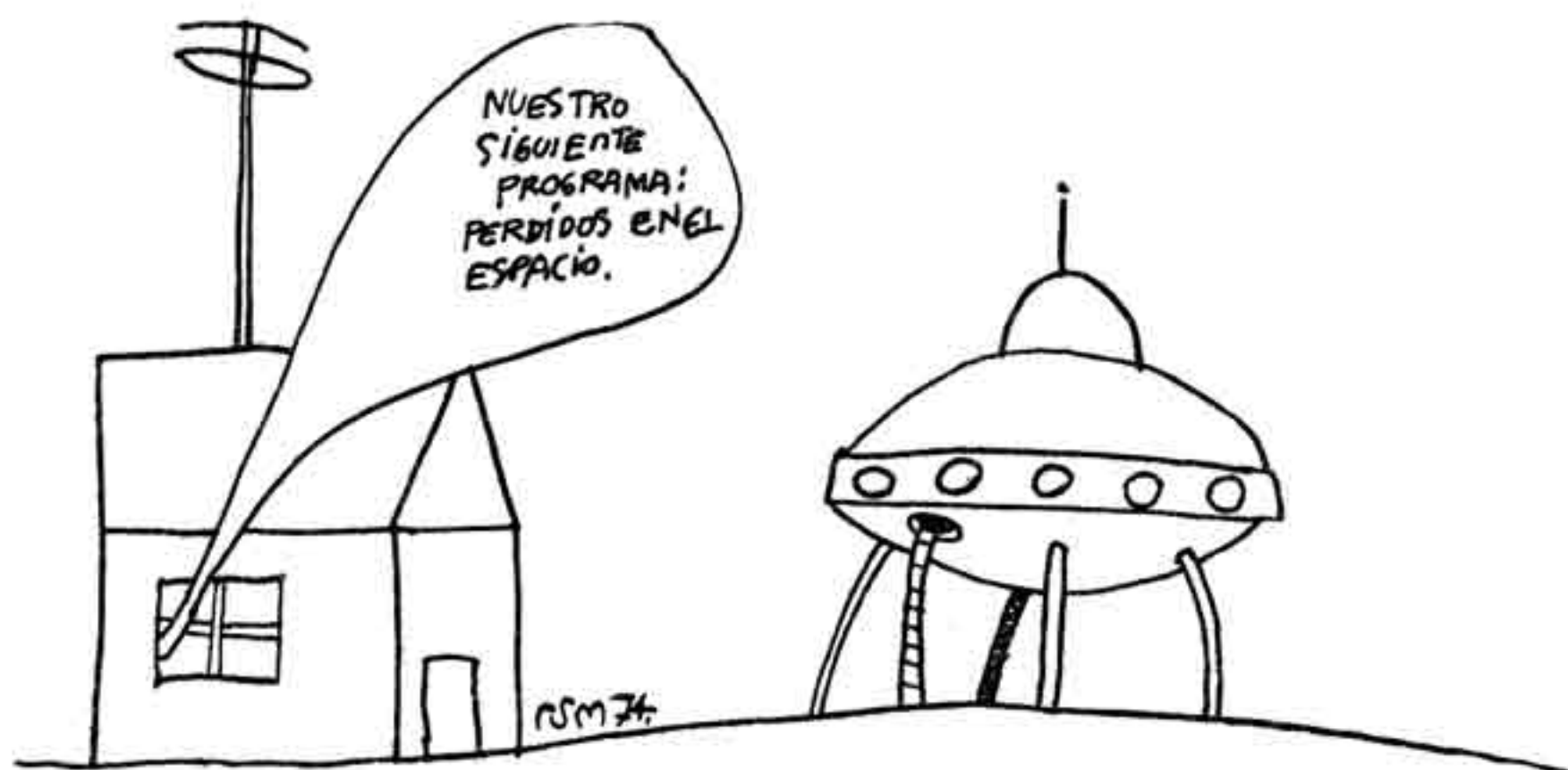
Sin embargo, y sin prejuicio de mostrar posibilidades de futuro interesantísimas, el hecho se presta a otro tipo de reflexiones. En primer lugar porque el número de lectores no guarda relación con el número de hablantes. Teniendo menos, muchos menos, los que hablan francés, sin embargo —y en razón del mejor nivel cultural de Francia— aquella lengua implica un mercado editorial más importante, y se mueve en cifras más cuantiosas de lectores. En el caso de García Márquez estamos ante obras originales, tanto que después se traducen a otras lenguas y constituyen un paradigma de las calidades literarias de nuestra cultura, pero en las cifras de libros editados en España como en América hispánica, siguen predominando las traducciones. Los editores españoles exportan anualmente un centenar de millones de dólares en libros y en su balanza comercial con América hispánica este rubro representa entre el diez y el veinte por ciento de sus divisas. Sin embargo basta leer cualquier lista de novedades de las editoriales de Barcelona y Madrid para apreciar que nutren sus catálogos de traducciones, y si bien es cierto que editan autores locales, muchos de ellos “no son exportables”, ante todo por una razón de calidad.

En otras palabras que el asunto no es editar, sino editar obras originales, y dentro de estas obras de calidad, capaces de interesar a un público importante por el número o su nivel, y de esto hasta la fecha no hay demasiado.

La segunda observación es que el español sigue siendo de las escasas lenguas importantes donde todavía un *best-seller* es una obra literaria de ficción. Para alcanzar cantidades del orden de seis cifras es imprescindible que se trate de una novela. En cambio en los países adelantados hace ya tiempo que las novelas y demás formas de literatura de ficción, han sido superadas por el ensayo en ciencias sociales.

No digamos el caso de los países socialistas, donde es impensable que un novelista supere a Marx-Engels, Lenin o Mao Tse Tung. En Inglaterra, Bertrand Russell o Arnold Toynbee tienen más lectores que no importa qué novelista. En Francia se terminan de dar los tirajes de las editoriales en 1974 y la obra que encabeza la nómina con setecientos mil ejemplares. . . es *Cuando la China se despierte* de Alain Peyrefitte, superando holgadamente a cualquier novela de autor nacional o extranjero. En los Estados Unidos cuando apareció *Escucha yanqui* de Wright Mills se vendieron en el primer año quinientos mil ejemplares, y esto superó asimismo a las obras de ficción de la temporada editorial. ¿Por qué, entonces —nos preguntamos— este retraso del mundo lector de lengua española, que obviamente permite la supervivencia de la novela como suceso editorial? Las explicaciones son igualmente apasionantes. Hay —como sugerimos— un problema de retraso cultural. En un mundo de nuevos lectores, de escasas tradiciones intelectuales, como es el hispano-parlante “es fácil” leerse una novela, pero inimaginable para la mayoría de esos lectores enfrentarse a *Un estudio de la historia*, *Escucha yanqui*, e incluso *Cuando la China se despierte*. Menos todavía que entiendan las obras que dominan las librerías del mundo socialista. Faltan los aparatos culturales elementales, como ser cadenas de bibliotecas, universidades bien dotadas en materia de libros, crítica técnica y prestigiosa, etcétera. Las novelas sí pueden difundirse merced al “boom” que usa los medios más elementales de la propaganda, puestos a punto para expender otros artículos en el mundo capitalista, y por “la propaganda boca a boca” entre pueblos que dedican buena parte de su tiempo a la conversación y a la reunión amistosa.

Además —y esto no es lo menos importante— faltan las condiciones político—sociales para el desarrollo de una cultura superior. Por lo pronto un siste-



ma de libertades públicas que permita circular a libros que opinen diferentemente de los gobiernos. Así por ejemplo, si pudieran circular obras científicas que analizaran las dictaduras que sufren los pueblos de lengua castellana todo indica que tendrían muchos lectores.

En la práctica esas anotadas limitaciones favorecen la difusión de un tipo peculiar de novela: aquella que provee de un sucedáneo a las explicaciones científicas, sin perjuicio de atacar los males auténticos de las sociedades de los lectores.

Desde *Los de abajo* de Azuela, en que el gran personaje es la Revolución Mexicana, a *La vorágine* de Eustaquio Rivera que inicia "la novela social latinoamericana" hasta llegar a *El otoño del patriarca*, en que el gran personaje es el dictador, esta preferencia por la novela con mensaje es muy ilustrativa de las apetencias, y al tiempo las limitaciones de nuestros lectores.

Hay ciertos síntomas que permiten pensar que estamos viviendo el otoño de la novela, no porque ésta desaparezca lo que sería muy lamentable, pero sí porque le corresponde un lugar similar al que tiene, por ejemplo, la poesía en materia de edición.

Decía Benedetto Croce que las épocas en que se hace la historia prefieren la historia a la novela, y si algo puede decirse en estos años de los latinoamericanos es que están viviendo intensamente su vida histórica, y todo indica que avanzan en la construcción de su futuro. Ya son varios los casos de países donde esta nueva situación puede apreciarse cabalmente. Así en Cuba que imprime veinte millones de libros anualmente nadie concibe que sean novelas lo que consuman básicamente los lectores. Durante los años de 1970 a 1973 en Chile, en que una sola editorial, lanzó seis millones de libros al mercado, tampoco eran novelas lo que encabezaba las ventas. Sin llegar a esas situaciones, en países como el Uruguay se ha difundido más el *Ariel* de J. E. Rodó que las obras de sus novelistas.

¿Por qué no puede pasar lo mismo en el resto de América española, y ante todo en la misma España tan latinoamericana, a pesar de estar en un rincón de Europa? No es entonces desmesurado optimismo pensar que asistimos al otoño de la novela, porque adviene el óbito de las dictaduras.

